

»La señora Alving (*retrocediendo espantada*).—
¡Ah!

»(Fija la mirada con extravío en la puerta entreabierto. Se oye á Oswaldo toser y bromear. Después el estallido de un tapón de botella que salta.)

»Manders (*indignado*).—Pero... ¿qué quiere decir?... ¿Qué es esto, señora Alving?...

»Señora Alving (*con voz ronca*).—¡Aparecidos! ¡resucitados! La pareja del invernáculo que vuelve...

»Manders.—¿Qué dice usted? ¿Regina? ¿Será acaso?...

»Señora Alving.—Sí. Sígame usted. Ni una palabra.»

Así acaba el primer acto.

Como se ve, el terror de la madre no se funda en el miedo de que su hijo tema *heredar* el mal de su padre, sino en la visión dramática, gráfica, profundamente artística del *mal heredado* que se le revela de repente.

IV

Oswaldo, á quien su madre alejó del hogar por apartarle del ejemplo y del contagio de su padre, llega á ser en París artista de grandes esperanzas;

pero el vicio le llama, la vida alegre le envuelve, le va tragando como arena movediza, y él siente que se hunde y siente el horror de la fatalidad fisiológica porque se hunde. Este es un secreto. Al volver al lado de su madre, en la que piensa que existe poco amor para él, porque ha podido vivir tanto tiempo sin verle, experimenta la comezón irresistible de comunicarle sus angustias, su terror... Y después de comer y beber con exceso, que asusta á la señora Alving, su hijo acaba por revelar el terrible misterio de su vida, por enseñarle aquella repugnante llaga de su *herencia*; herencia de que él no sabe nada, pero de cuyos resultados está seguro por sus propios males.

La situación, como se ve, es harto más dramática é interesante que la de *El Obstáculo*.

«Oswaldo.—Escúchame tranquilamente. Lo que tengo no es una enfermedad, lo que se llama enfermedad generalmente. (*Cruzando las manos sobre la cabeza*.) ¡Madre! Tengo el espíritu así como roto. Soy hombre al agua. Ya nunca podré trabajar. (*Oculto el rostro entre las manos y cae á los pies de su madre sollozando*.)

»Señora Alving.—Oswaldo, Mírame. No, no; lo que dices no es verdad...

»Oswaldo.—¡No trabajar jamás! ¡Jamás! ¡Ser como un muerto vivo! Madre, ¿comprendes este horror? ¿Puedes figurártelo?

» Señora Alving.—¡Desgraciado hijo mío! ¿Pero de dónde viene ese horror? ¿Cómo se ha apoderado de ti?

» Oswaldo.—No puedo darme cuenta de ello. Jamás me he abandonado á una vida... que pueda llamarse borrascosa. No, en ningún sentido. Puedes creérmelo: soy sincero.

» Señora Alving.—Oswaldo, no lo dudo...

» Oswaldo.—... Primero violentos dolores de cabeza, sobre todo en el occipucio; me parecía tener el cráneo dentro de un círculo de hierro. Me era imposible trabajar. Quise comprobarlo con un gran cuadro. Mis facultades no me obedecían; no podía concentrar la atención, fijar las imágenes; todo daba vueltas en mi derredor, era un vértigo. Por fin llamé al médico. Por él lo supe todo.

» Señora Alving.—¿Qué quieres decir?

» Oswaldo.—Era una notabilidad. Me preguntó cosas que parecía que nada tenían que ver con mi estado. Acabó por decirme: hay en usted desde su nacimiento, algo así... *vermoulu*; sí, se sirvió de esta palabra francesa.

» La señora Alving. (*Con atención concentrada.*)—¿Qué quiere decir eso?

» Oswaldo.—Eso era lo que yo no comprendía. Por fin se explicó el cínico del hombre... (*Apretando los puños.*) ¡Oh!

» Señora Alving.—¿Qué dijo?

» Oswaldo.—Dijo: los pecados de los padres caen sobre los hijos.

» Señora Alving. (*Levantándose lentamente.*)—¡Los pecados de los padres!...

» Oswaldo.— Me daban tentaciones de abofetearle...

» Señora Alving. (*Atravesando la escena.*)—Los pecados de los padres...

» Oswaldo.—Por tus cartas le hice comprender que no había caso, que mi padre...

» Señora Alving.—¿Y entonces?

» Oswaldo.— Entonces comprendió que había equivocado el camino. Y así fué como pude saber la verdad, la intolerable verdad. ¡Oh, la dichosa vida de expansión de la juventud... las campañas de la gente alegre! Debí haberme abstenido. Había ido más allá de lo que consentían mis fuerzas. ¡Todo por mi culpa!

» Señora Alving.—No, Oswaldo, no creas eso.

» Oswaldo.—No había otra explicación posible. ¡Perdido para siempre por mi propio aturdimiento!... ¡Si á lo menos fuese una herencia, algo contra lo que yo no pudiera luchar!...»

.....

Oswaldo pide á su madre horrorizada, como un niño mimado, que satisfaga sus vicios: la sed, aquella ardiente, constante sed... Y después le pide

el cuerpo hermoso, seductor, fresco y robusto de Regina, la *mariposa negra*, la pérfida criada.

En adelante, el drama puede decirse que es esta lucha de la madre y el hijo; y la madre va cediendo, y va entregando á Oswaldo todos los medios de disolución que reclama, sin detenerse en miramientos morales... Además, la señora Alving, que sacrificó su existencia á la crápula de su esposo, que contrarió los propios instintos y tiene, como ya se ha dicho, el remordimiento del placer no gozado, de la alegría humana jamás satisfecha, quiere desquitarse en su hijo; y la acompaña como un aya del vicio en todos sus extravíos de concupiscencia doméstica. Pero el mal avanza, Oswaldo se precipita en esa especie de *puerilidad nerviosa* que lleva á la muerte por una trágica parodia de la infancia.

La madre le suministra el alimento de la concupiscencia como pudiera darle juguetes al niño enfermo. Son terribles verdaderamente las últimas escenas en que esta extremada situación moral y fisiológica se pinta. La simple lectura de tales pasajes da espanto, causa vértigos, aprensiones del contagio del mal. En poder de un artista capaz de representar exactamente el Oswaldo que se *disuelve* en el limbo de lo *inconsciente*, en una estupidéz graciosa, infantil, el final de *Los Aparecidos* será un espectáculo casi intolerable, pero de un

vigor dramático, que recordará el terror que causaban en el pueblo helénico las tragedias griegas, y el que aún producen en el pueblo persa sus dramas extraños.

¡Qué lejos, y qué por encima (en el aspecto artístico) estamos con todo esto de la *tesis* consoladora de Daudet y de aquella *herencia* que no sale á la escena siquiera!...

Regina, la salud y la corrupción han partido. Oswaldo y su madre quedan solos.

—»Madre—dice Oswaldo,—soy un enfermo. ¡No puedo pensar más que en mí mismo!

»Señora Alving.—Bien; bien. Yo sabré tener paciencia...

»Oswaldo.—¡Y alegría, madre!

»Señora Alving.—Bien, sí; lo que quieras. ¿No he conseguido alejar de ti todo lo que te sofocaba... los remordimientos?

»Oswaldo.—¡Ay, sí! Pero ahora, ¿quién me librará de la angustia?

»Señora Alving.—¿La angustia?

»Oswaldo.—Regina lo hubiera conseguido con una sola palabra (1).

»Señora Alving.—¿Por qué hablas de angustia y de Regina?

(1) ¡Cuánto dice esta sola frase! ¡Cuántos ilusos, esclavos de la *neurosis*, hablan del *amor* como único consuelo, de la mujer como única medicina para el desencanto, para la *angustia* del vivir!

»Oswaldo.—Madre, ¿va pasando la noche?

»Señora Alving.—Va á despuntar el día. El alba colora las cumbres. ¡Tendremos buen tiempo, Oswaldol! Dentro de pocos instantes verás el sol!

»Oswaldo.—Me alegro. ¡Hay tantas cosas que pueden alegrarme y convidarme á vivir!...

»Señora Alving.—¡Ya lo creol!

»Oswaldo.—Aunque no pueda trabajar...

»Señora Alving.—Podrás trabajar, pronto podrás...

»Oswaldo.—Y ahora, que has disipado mis aprensiones y el sol va á salir... hablemos, madre. Vas á saberlo todo.

»Señora Alving.—¿Qué quieres decir?

»Oswaldo.—Madre, ¿no has dicho esta noche que nada hay en el mundo que no hicieras por mí si yo te lo rogase?

»Señora Alving.—Sí, lo he dicho y es verdad.

»Oswaldo.—Pues escúchame, y no me interrumpas, oigas lo que oigas. Has de saber que esta fatiga... y este estado en que la idea del trabajo se me hace insoportable... todo eso no es mi enfermedad en sí misma. Esta enfermedad que me ha tocado por herencia... (*pone un dedo sobre la frente*) está aquí dentro.

»Señora Alving (*casi afónica*).— ¡Oswaldol!... ¡No, no!

»Oswaldo.—No grites... No puedo soportarla...

Sí, ya lo sabes... está aquí dentro... escucha... y á lo mejor puede estallar...

»Señora Alving.—¡Ah, es espantoso!

»Oswaldo.—Tranquilidad, madre. ¡Así me veol!

»Señora Alving (*dando un salto*).— ¡Todo eso es falso! ¡Es imposible!

»Oswaldo.—Ya tuve un acceso allá abajo. Pasó pronto, pero me vi perseguido por la angustia que me enloquecía... Y tan pronto como pude he corrido á tu lado. Es un horror indecible. ¡Si no se tratase más que de una enfermedad mortal ordinaria! Al fin no temo tanto la muerte que... y eso que bien quisiera vivir todo el tiempo posible...

»Señora Alving.— ¡Oh, sí, y vivirás, Oswaldol!

»Oswaldo.— ¡Pero hay en esto una cosa tan horrible! Volver, por decirlo así, al estado de primera infancia... Necesitar que otro me alimente... ¡Ah, no hay palabras para expresar lo que yo padezco!

»Señora Alving.—El niño tiene á su madre para cuidarle.

»Oswaldo (*dejando su sitio de un brinco*).— ¡No, jamás! Me resisto á la idea de permanecer en tal situación años y años, de envejecer y encanecer así... Y en tanto, tú podrías morir y dejarme solo. (*Se sienta en la misma silla de su madre.*) Porque el médico me ha dicho que esto no acaba necesariamente por una muerte inmediata. Pretende que

es el cerebro que se ablanda... sí, una especie de blandura en el cerebro ó algo parecido (*sonrisa penosa*). Me parece que la palabra suena armoniosamente... Constantemente me siento inclinado á representarme terciopelos de seda, rojos, color cereza... Algo delicado que se acaricia.

» Señora Alving (*gritando*).—¡Oswaldol...

» Oswaldo (*levantándose de un brinco y atravesando la escena*).—¡Y me has arrebatado á Reginal! ¿Por qué no está aquí? Ella sabría socorrerme...

» Señora Alving (*acercándose á él*).—¿Qué quieres decir, hijo del alma? ¿Qué socorro habrá que yo no esté dispuesta á ofrecerte?

» Oswaldo.—Cuando recobré el sentido, después de mi acceso de allá bajo.... de París .. el médico me dijo que si éste repetía... y repetirá... no había esperanza.

» Señora Alving.—¡Y tuvo valor para decirte eso!

» Oswaldo.—Le obligué yo. Le dije que tenía que dejar algo dispuesto... (*sonrisa maliciosa*). Y era verdad. (*Sacando una cajita de un bolsillo interior*.) Madre, ¿ves esto?

» Señora Alving.—¿Qué es?

» Oswaldo.—Polvos de morfina.

» Señora Alving (*mirándole con espanto*).—¡Oswaldo, hijo mío!

» Oswaldo.—He conseguido reunir doce paquetes.

» Señora Alving (*procurando coger la caja*).—¡Dame esa caja, Oswaldol!

» Oswaldo.—Todavía no, madre. (*Guarda la caja.*)

» Señora Alving.—No sobreviviré á este golpe.

» Oswaldo.—Se puede sobrevivir... Si tuviera á Regina aquí, la diría mi resolución y la exigiría este último servicio. Regina, estoy seguro, no me lo negaría.

» Señora Alving.—¡Jamás!

» Oswaldo.—Si el acceso me hubiera dado en su presencia, y me hubiera visto aquí tendido en el suelo... más débil que un recién nacido... impotente, miserable, sin esperanza, sin salvación posible...

» Señora Alving.—No; Regina no hubiera consentido jamás ..

» Oswaldo.—Regina no hubiera dudado mucho tiempo. ¡Tenía un corazón tan adorablemente ligero! Y además, pronto se hubiera cansado de cuidar á un enfermo como yo...

» Señora Alving.—Entonces demos gracias á Dios, porque se ha marchado.

» Oswaldo.—Sí, madre, y ahora... Tú eres quien tiene que ayudarme.

» Señora Alving (*un grito*).—¡Yol!

» Oswaldo.—¿Quién, si no tú?

» Señora Alving.—¡Yol! ¡Tu madre!

»Oswaldo.—Precisamente.

»Señora Alving.—¿Yo, que te he dado la vida?

»Oswaldo.—Yo no te la he pedido. ¡Y qué vida la que me has dado! No la quiero. Tómala.

»Señora Alving (*huyendo hacia el vestíbulo*).—¡Socorro, socorro!

»Oswaldo (*corriendo tras ella*).—¡No me dejes solo! ¿Adónde vas?

»Señora Alving.—A buscar al médico. Déjame salir.

»Oswaldo.—Ni saldrás tú, ni entrará nadie. (*Se encierra con llave en la estancia con su madre.*)

»Señora Alving.—¡Oswaldo, Oswaldo, hijo mío!

»Oswaldo.—¿Y tienes tú corazón de madre? ¿Y puedes verme sufrir esta angustia sin nombre?...

»Señora Alving.—Toma mi mano.

»Oswaldo.—¿Quieres?

»Señora Alving.—Si llega á ser necesario. Pero, no será. ¡Es imposible, imposible!

»Oswaldo.—Esperémoslo así. Y en tanto, vivamos juntos todo lo que podamos. Gracias, madre. (*Se sienta en la butaca que la señora Alving ha acercado al sofá. Es de día. La lámpara continúa ardiendo sobre la mesa.*)

»Señora Alving (*acercándose suavemente*).—¿Te sientes ahora más calmado?

»Oswaldo.—Sí.

»Señora Alving.—Todo ello no era más que cosa

de la imaginación... Estás muy fatigado. Es necesario que reposes... ¡Aquí, á mi lado, junto á tu madre, hijo del alma! Todo lo que quieras, cuanto pidas, te lo daré yo; sí, lo mismo que cuando eras un rapazuelo. Ya ves; ha pasado el ataque. ¡Ah, bien lo sabía yo! Y ahora, mira, Oswaldo, ¡qué hermoso día tenemos! ¡Cómo resplandece el sol!... (*Se acerca á la mesa y apaga la lámpara. Sale el sol; en el fondo del paisaje la montaña y la llanura brillan con los rayos matutinos.*)

»Oswaldo (*inmóvil en su butaca, vuelve la espalda al fondo del escenario; de repente pronuncia estas palabras*): Madre, dame el sol.

»Señora Alving (*junto á la mesa, mirándole espantada*).—¿Qué dices?

»Oswaldo (*con voz sorda*).—¡El sol! ¡El sol!

»Señora Alving (*acercándose á él*).—Oswaldo, ¿qué tienes?

»(*Oswaldo se desploma en la butaca; todos sus músculos se aflojan; el rostro pierde ya su expresión; los ojos, apagados, miran fijos.*)

»Señora Alving.—¿Qué es esto? (*gritando*). ¡Oswaldo! ¿qué tienes? (*De rodillas ante él, y sacudiéndole*). ¡Oswaldo, Oswaldo, mírame! ¿No me conoces?

»Oswaldo.—¡El sol! ¡El sol!

»La señora Alving (*levantándose de un brinco, desesperada, las manos en la cabeza y gritando*).—

¡No puedo! ¡Jamás!... ¿Pero dónde están? (*Busca con rapidez en los bolsillos de Oswaldo.*) ¡Aquí! (*Retrocede y exclama:*) ¡No!... ¡No!... ¡Sí!... ¡No, no! (*Con las manos rígidas, entre el cabello, permanece á algunos pasos de su hijo, fijos en él los ojos espantados.*)

»Oswaldo (*siempre inmóvil*).—¡El sol! ¡El sol!»

FIN

OBRAS DE LEOPOLDO ALAS

(Clarín)

El derecho y la moralidad.
Programa de economía.
Alcalá Galiano (conferencia).

La Literatura en 1881 (en colaboración), 3.^a edición.
La Regenta (novela), dos tomos.
Su único hijo (novela); un vol.
Doña Berta.—Cuervo.—Superchería.
...Sermón perdido (3.^a edición).
Pipá (novelas cortas) 2.^a edición.
Nueva campaña.
FOLLETOS LITERARIOS, I Un viaje á Madrid.
 > II. Cánovas y su tiempo.
 > III. Apolo en Pafos.
 > IV. Mis plagios.
 > V. A 0,50 poeta (epístola).
 > VI. Rafael Calvo y el Teatro Español.
 > VII. Museum.
 > VIII. Un discurso.
Mezclilla.—Crítica y sátira.
Solos de Clarín (4.^a edición) (ilustrada).
B. Pérez Galdós (semblanza biográfica) 2.^a edición.
Ensayos y revistas.